El manantial del asno //Pa

Después de haberlo oído contar de muchos, de haberlo imaginado más de mil veces y de haberlo soñado otras tantas, ayer lo vi. Ayer mediado de marzo, nublado, muy frío, con mucha nieve sobre las cumbres de Sierra Nevada y con fuertes rachas de viento zarandeando los árboles del lugar.

Subí despacio por las ya muy perdidas sendas y, a media mañana, coroné al rellano. Justo por donde todavía se ven las piedras de la que fue su rústica casa. Todo el terreno estaba cubierto de hierba, monte bajo y muchas zarzas y arriba, en lo más alto del montículo, un par de robles, pinos y encinas. Miré despacio, meditando y sintiendo como un pellizco en el corazón y sentí tristeza. Todo estaba esplendoroso, en silencio y manando ausencia. Como si desde el día en que desapareció, solo por aquí hubiera desolación.

De joven, recorrió mundos, conoció personas, trabajó con gente importante y al final, sirvió a los reyes de la Alhambra. Aquí conoció un día a una joven princesa y durante mucho tiempo fueron grandes amigos. Compartieron puesta de sol, paseos por los jardines y campos cercanos a los palacios, se hicieron amigos de las ardillas, mirlos y arrendajos y también, junto a las fuentes de aguas claras, contemplaron la luna y estrellas en el cielo y escribieron versos. Hasta que un día ella se marchó de estos lugares a un país muy lejano.

La lloró durante mucho tiempo, la soñó y la esperó y como los años corrían y se hacía viejo, se alejó de los lugares de la Alhambra. Con sólo unas monedas y cuatro cosas más, cargó un hatillo en un ceniciento burro que unos amigos les regalaron y se dirigió a las montañas. Al levante de Granada y antes de las altas cumbres de Sierra Nevada. En el rincón de los robles, donde manaba un copioso manantial, decidió quedarse. Dejó por aquí suelto al borriquillo porque tenía agua y abundante hierba para alimentarse y buscó piedras y maderas.

Con tesón y a lo largo de unos días, construyó una sencilla, pequeña, muy recogida y bonita casa. Cerca del manantial, antes de donde crecen los robles y al lado opuesto en el terreno de donde brotaba el manantial. Junto a este venero y ayudado con el borriquillo, desbrozó y labró un pequeño trozo de tierra. Sembró aquí hortalizas, cereales y árboles frutales y regó las tierras puntualmente a lo largo de unos años. Al llegar el verano y el otoño, recogía las cosechas y compartía con su burro parte de estos frutos.

Al ponerse el sol, algunas tardes, llamaba a su borriquillo, se sentaba cerca de manantial y hablando con él, le decía: “A cada persona en este mundo, nos pertenece un trocito del Planeta Tierra. El lugar donde hemos nacido y también los caminos y paisajes que recorrimos a lo largo de nuestra vida. Nacer, vivir y morir en este trocito de Planeta Tierra que el universo nos ha regalado, es lo más hermoso que puede sucedernos a nuestro paso por este mundo. Y lo contrario, nacer en un lugar, vivir en otro y morir lejos de los sitios que pisamos en vida, es una desgracia grande. Quizá lo más triste y amargo que nos pueda suceder”.

Pasaron los años y cada día se sentía más viejo, sin fuerza y muy cansado. Sentado al calor del fuego en la chimenea de su humilde vivienda, mudo contemplaba la lluvia caer, los copos de nieve cuando las nubes por aquí los descargaban y soñaba. Siempre soñaba con ella y aunque ya no esperaba verla en ningún momento en este mundo, la recordaba en su corazón como a la más bella y buena. Deseaba, como millones de veces más en los días pasados, compartí con ella los silencios del bosque, el viento y canto de los mochuelos, el rumor de la lluvia, el verde de la hierba y las nubes blancas que por el cielo cruzaban. También las estrellas que por las noches titilaban en el firmamento y la dorada luna que asomaba por las altas montañas.

Su corazón, en momentos como estos, se llenaba de nostalgia y a su mente acudía un pensamiento: irse ya definitivamente de este suelo para así descansar. Rezaba: “Nada espero ni a nadie voy a dejar nada. Ni un solo amigo en este mundo tengo porque de ningún modo nada ni nadie podrá darme lo que necesito”.

Un día de primavera, salió de su casa. Caminó despacio por la estrecha senda, remontó a lo más alto del terreno y luego volcó para donde el manantial. Vio junto al pequeño chorrillo del venero, a su borriquillo. Quieto, sereno, mirándolo con unos ojos muy grandes y como queriendo decirle algo. Se acercó a él, le acarició la frente, la cara y luego el hocico y le dijo, no apenado pero sí muy dulcemente:
- Sé lo que te pasa y no voy a impedir que las cosas ocurran.

Movió en este momento el borriquillo su cabeza y con su hocico hizo como si acariciara el corazón de su amigo. Éste lo acarició con ternura y quiso decirle nuevas palabras. Pasó su mano por el lado derecho de la cara del burro y justo en este

momento el animal se desplomó. Cayó su cuerpo cerca del hilillo de agua que corría desde la fuente y el hombre dejó caer su cabeza sobre la frente del animal. En silencio lloró durante un buen rato y luego, antes de que se pusiera el sol, cavó un buen hoyo junto al tronco del almez a la derecha de la fuente y aquí lo enterró.

Cuando ya la noche extendía su oscuro manto sobre las montañas, laderas y barrancos, junto al montículo de tierra que ahora cubría a su burro, se acurrucó. Como cansado, como si no tuviera fuerzas para moverse, como agotado por completo. Solo se oía el débil latir de su corazón y el rumor del hilillo de agua que brotaba de la fuente y corría. El cielo se nubló, se movió un poco el viento y el frío aumentó. Ni siquiera percibió ni el intenso frío ni los blancos copos de nieve que lentamente comenzaron a caer.

Nevó sin parar a lo largo de toda la noche. Tanto que al amanecer, los paisajes, desde lo más alto de las cumbres de Sierra Nevada, todos los montes, laderas y barrancos, se veían por completo blancos. Sin embargo el nuevo día se abrió con todo el cielo limpio de nubes y con un sol muy brillante. Como el más limpio y brillante día de primavera. Por donde el manantial, sepultura del burro y montículo de tierra donde él se había acurrucado, todo era un espeso y blanco manto de nieve. Nada más parecía existir en este amanecer por aquí.

Tres días más tarde y también una mañana muy soleada, dos pastores pasaron por aquí. Se acercaron al manantial con la intención de beber un trago y lo vieron. Junto al montículo de tierra, tal como se había colocado la noche de la nieve.
- Pobre hombre. Se ha quedado dormido y se ha marchado de este mundo para siempre sobre la tumba de su borriquillo.
Dijo uno de los pastores. No lejos del tronco del almez donde él había enterrado a su burro, los pastores cavaron un hoyo. Pusieron en este lugar el cuerpo del hombre y cuando echaron el primer puñado de tierra sobre él, vieron que de uno de los bolsillos de la ropa que vestía el hombre de burro, sobresalía un trozo de papel. Uno de los pastores cogió el trozo del papel, lo desdobló y vio unos renglones tortuosamente escritos. Leyó despacio y en voz alta lo siguiente:

“De personas conocidas y algunos amigos, podría escribir una larga y muy gruesa historia. Pero ahora con mis años, he llegado a la conclusión que lo mejor es mantener por completo mi mente en blanco. Dejarme acariciar por el viento, contemplar las estrellas por las noches en el cielo y esperar a que Dios me llame. Busqué la felicidad por muchos sitios, procurando conocer personas y emprender proyectos y cuando ya soy viejo, he descubierto una gran verdad: que uno alcanza la verdadera felicidad en el justo momento en que lo pierde todo, personas, amigos, cosas materiales, casas o riquezas. Cuando ya en el alma se apagan todos los deseos y pasiones, cuando uno ya se encuentra desnudo total frente al universo, las lluvias y cantos de pájaros, cuando uno ya acepta que Dios es el dueño de todo, entonces es cuando la felicidad inunda por completo el corazón. Así es como siento de llenos estos últimos días de mi vida en este suelo”.

Dejaron los pastores este escrito en el bolsillo de sus ropas, echaron más tierra sobre su cuerpo, rezaron a su manera y luego se fueron. Nadie más supo de este hecho ni en aquellos días ni en ningún momento. Yo esta mañana, al llegar a la fuente, me he parado. Bebo un trago y me siento en la piedra que aquí hay a la derecha, miro despacio y medito. Todo está en silencio, corre el agua desde el manantial hacia el barranco en busca del río y sigue saltando por las cascadas hacia la Alhambra y Granada. El silencio por este lugar parece eterno, verde todo el paisaje y bañado de una luz tan bella que asusta. Nada ni nadie por aquí lo recuerda ni a su burro. Solo las ruinas de lo que fue su casa y el agua que en esta fuente brota. Algo así como si ninguna otra cosa fuera más importante en este mundo.

Me empuja mi corazón a buscar algún recuerdo suyo por entre las piedras de los pequeños trozos de pared que veo cerca. Miro, busco y tengo suerte: entre dos grandes piedras en forma de losa, descubro una pequeña caja de madera. Con emoción cojo esta cajita, veo que está rústicamente tallada en madera de roble e intento abrirla. Encuentro en su interior un sobre amarillento y dentro de este sobre un cuaderno no muy grueso. Emocionado, con ilusión y respeto leo el rótulo en la tapa: “Mis Sueños”. Abro este cuaderno y aun más emocionado recorro con mis ojos las letras que en las páginas hay escritas:

Noche de tormenta

Me gusta la oscuridad de la noche y olor a tierra mojada y
me gusta el canto de los grillos. La noche tiene un misterio
especial cuando los grillos cantan y el silencio es profundo.

Con los últimos rayos de luz, sobre las rocas de la cresta, veo la figura de las cabras monteses. Se recortan contra el azul del cielo ya un poco en penumbra y llenan de belleza la montaña. Sentado en la piedra por donde mana el agua de la fuente las miro sin pestañear y siento la tarde resbalar sobre ellas. También sobre las carnes de

mi cuerpo, la hierba de la pradera, la espesura del bosque y la hondura del silencio. Me arropa la sombra de la noche. Todavía con alguna luz preparo mi saco, me meto dentro, pongo mi cabeza sobre la almohada de ramas verdes que he preparado y, frente al infinito, me tumbo. Siento que la noche va a ser hermosa. Se me llena el corazón por el placer que regala tanto el fresco viento que corre como la hierba, las nubes revoloteando por el cielo, el agua de la fuente y el burro libre en el prado. Ya somos amigos y solo llevamos unas horas juntos. Y esta noche, la primera que vamos a compartir, fíjate cómo va a ser: en el centro de la pradera donde mana la fuente, entre los pinos de la montaña y frente al cielo sin barreras ni sombra. Sobre una cama de hierba y tierra que me regala la montaña y con la caricia del viento.

Cruje un trueno. No temo pero sigo creyendo que de un momento a otro la lluvia puede caer. Brilla un nuevo relámpago y crepita otro trueno. Sopla el viento y caen algunas gotas. Espero metido en mi saco. Me digo que si la lluvia arrecia buscaré la covacha pero si son cuatro gotas, como algunas veces pasa con las tormentas de verano, las recibiré sin moverme. Me gusta sentir la lluvia resbalando por la cara, los brazos y el cuerpo. Quizá luego refresque tanto que hasta tenga frío pero tampoco me importa. Un nuevo relámpago y a continuación el ronco fragor. Retumba por las cumbres y barrancos de la sierra y, aunque asusta un poco, no tengo miedo. Llueve con más fuerza y sigue arreciendo el viento. Las gotas de lluvia, al caer en el agua del pilar, producen un sonido placentero. Me gusta y recuerdo los momentos en los que también dormía al aire libre y frente al cielo en las sierras perdidas.

Refresca bastante pero no siento frío. La hierba y la tierra se han mojado y ahora huele a sano, a recuerdos, a besos. El olor a tierra recién mojada que tanto me gusta. Saco mis manos fuera de la tela que me envuelve y estiro mis brazos. Con mis dedos toco la hierba y noto la humedad de la lluvia mojando mis carnes. Es una sensación placentera. Me gusta tocar las gotas de lluvia sobre los tallos de la verde hierba. Y si es en una noche como esta, junto a una fuente cristalina, una pradera sobre las cumbres y la tormenta saltando por entre la oscuridad del universo, la sensación es divina. Rezo y te recuerdo. Te regalo también la dulce paz que a mí me regala el cielo y no sé degustar plenamente. Me gusta sentir el viento de la tormenta rozando mi cara. Me gusta que la lluvia me moje y corra por la piel de mi cuerpo. Me gusta que me envuelva la oscuridad de la noche y que huela a tierra mojada. Es todo tan puro, tan sencillo, tan bello, tan fino que me siento inmortal y único en la inmensidad del universo. Te lo regalo aunque no lo puedas gustar.

Al brillar un nuevo relámpago veo la silueta de la montaña que tengo enfrente. Estalla el trueno con menos fuerza que los anteriores. También el viento se calma. Las gotas caen pero más espaciadas y menos gruesas. Quizá sea una tormenta de verano y se desinfle en poco tiempo. No veo al burro pero lo presiento comiendo hierba en la pradera. Lo he dejado suelto. Sin jáquima, sin aparejos, sin cabestro. Que se sienta libre para que así se pueda mover por donde quiera y como quiera. Me irá conociendo y descubrirá que nunca le voy a obligar. Este ha sido mi lema siempre: respetar. Respetar y dejar que cada ser vivo sobre el Planeta Tierra tenga su libertad. Respetar por encima de todo para que cada uno tenga su libertad, su dignidad, su espacio y su mundo y sus sueños. Así que desde ahora este animal que ya es mi amigo, es respetado por mí, amado con el corazón y dejado en su libertad para que sea él según lo que lleve en su corazón. Nadie tiene derecho a domesticar a nadie. Y ahora mismo este amigo lo presiento pastando por la pradera y me pregunto si le estará asustando la tormenta. Mañana al llegar el día lo comprobaré. Ahora sigo embebido en la tormenta y en los cantos de algunos grillos que saludan a la noche y al fresco de la lluvia. Me gusta oír el canto de los grillos acariciando el silencio de las noches de verano. A estos que ahora tengo por aquí ni siquiera la lluvia de la tormenta les desanima. La noche tiene un misterio especial cuando los grillos cantan y el silencio es profundo. El canto de los grillos es digno de armonizar los salones del cielo. Se calma el viento. Sigue oliendo a tierra mojada y ahora mezclado con el olor de la hierba y el de la resina de los pinos.

Siento frío pero no me iré de la cama que tengo sobre la pradera. Me gusta dormir en la pradera frente a las nubes de una tormenta de verano y también frente a las estrellas. Quizá esta noche no vea las estrellas y esto me apena pero lo de la tormenta, la lluvia y el viento, es tan importante o más como el firmamento lleno de estrellas. Oigo el canto de un cárabo, el del autillo y también el de algún mochuelo. Los mochuelos viven en los agujeros de las rocas y por las noches cazan porque son rapaces nocturnas. De vez en cuando cantan y me gusta oírlos. El canto de un mochuelo, el del cárabo o el del autillo llenan a la noche de un hechizo especial. Quizá en esta noche más que otras. Me gusta oírlos y también el croar de las ranas. En las transparentes aguas del pilar de cemento hay ranas. También renacuajos pero sobre todo ranas. Cuando la noche extiende su oscuridad a las ranas les gusta cantar. Su canto es monótono y ronco pero ¿qué sería el mundo sin el canto de las ranas en las noches del verano? Esto no lo saben muchas personas de la ciudad ni tampoco los profesores ni los estudiantes pero el canto de una rana en las noches del verano es tan importante o más que todas las ciencias y bibliotecas del mundo. Y lo digo también para los que pusieron su granito de arena en mi entierro. Se creen importantes,

inteligentes, fuertes, grandes y salvadores de no sé qué pero no aprecian ni el canto de una rana en la noches del verano ni tampoco el de los grillos, el del cárabo, el del mochuelo o el de los murciélagos.

Ha dejado de llover. También de tronar y el viento se calma. Las nubes que cubren, aunque no puedo verlas en la oscuridad de la noche, creo que se van abriendo porque, a veces, distingo el brillo de una estrella. Ni siquiera sé qué hora es ni tampoco me importa. Me gusta olvidarme del reloj cuando estoy ocupado con las cosas de la naturaleza lejos de las ciudades. Hace mucho en una ocasión te hablé de esto pero creo que ni supe expresar con claridad lo que pretendía ni tú tampoco te enteraste. Pero todo lo que me marca el tiempo y me obliga a ser puntual no me gusta. Creo que para lo único que sirve es para producir como máquinas y los humanos somos algo más. El cielo se despeja porque puedo ver las estrellas. Brillan limpias y parpadean. También te hablé en una ocasión de las estrellas que en el cielo brillan. Aunque tu mundo es el universo de las estrellas, las tormentas, los ríos, los prados con hierba y las montañas vestidas de nieve no sé hasta dónde perteneces a este firmamento. Pero la fascinación que sentí y siento en parte se debe a que por tus venas corren esencias de noches estrelladas y fuentes cristalinas. ¿Te dije alguna vez que en el hondísimo firmamento tengo una estrella que me pertenece? Es una estrella con mi nombre propio y donde están los sueños de mi corazón. ¿Te hablé alguna vez de esta estrella mía?